



*La presencia de las mujeres en todos los ámbitos de la sociedad se ha convertido en un hecho habitual cuando termina un siglo cuyo principio conoció la andadura, por parte de la población femenina, de caminos lentos, constantes y, como se ha demostrado, prometedores. Una corriente imparable que, en pocas generaciones, ha multiplicado su caudal y su relevancia.*

## LAS MUJERES EN EL 98

Consuelo FLECHA GARCÍA  
Universidad de Sevilla

**E**n el marco de conmemoraciones que, a lo largo de este año, nos han recordado los hechos y circunstancias de un momento de la historia de España, 1898, cargado de simbolismo, no es irrelevante la pregunta sobre el lugar que ocupaban las mujeres en aquella sociedad de entresiglos, y sobre la condición que se les reconocía.

Una época en la que un minoritario pero creciente grupo de jóvenes, que centraban sus reivindicaciones, fundamentalmente, en el ámbito de la educación, porque constataban que era el gran obstáculo para la igualdad en el derecho al trabajo y para poder tener un modo particular de estar en el mundo, podía ya alimentar la ilusión de que su vida como

mujeres podía desviarse de los cánones por los que discurría la de la mayoría de sus contemporáneas. El índice de analfabetismo entre la población femenina española mayor de 10 años era, en 1900, del 66 por ciento; dos tercios de las mujeres no sabían leer ni escribir.

La educación y la cultura no eran una necesidad sentida por el conjunto de la sociedad española de finales del siglo XIX, y menos aún tratándose de la población femenina, parte excluida tradicionalmente de ellas.

El trabajo remunerado fuera del hogar, hasta entonces sólo reducido a tareas no cualificadas que desempeñaban las mujeres de las clases sociales más

bajas, va a conocer ahora nuevas posibilidades de ejercicio en actividades que requerían una formación previa de grado medio o superior, y que iban ampliando las posibilidades de trabajo para las jóvenes que formaban parte de las capas medias de la sociedad.

### ALGO MÁS QUE UN SALARIO

Además de maestras, profesión que las mujeres venían ejerciendo desde finales del siglo XVIII y que la sociedad aceptaba y reconocía, empezaron entonces a trabajar en la gestión de comercios, en oficinas de correos y telégrafos, como matronas y como enfermeras, como médicas y como farma-

céuticas. Mundos laborales en los que estas primeras buscaban algo más que un salario. La toma de conciencia alimentada desde décadas atrás, fundamentalmente por escritoras que proponían la necesidad de cambios en la vida de las mujeres, las llevaba a buscar en ellos el reconocimiento de sus capacidades; su derecho a estar presentes y a contribuir al desarrollo social también desde los considerados espacios públicos; a acceder a una autonomía económica que ampliaba los márgenes de libertad y de decisión sobre sus propios itinerarios vitales; que les permitía tener mejores condiciones de vida, a la vez que contribuían al progreso de la nación. En definitiva, actividad profesional a través de la que querían hacer efectivo en alguna medida

el principio liberal que establecía la igualdad ante la ley.

Desde mediados del siglo XIX se habían puesto en marcha una serie de transformaciones —desarrollo económico, incipiente modernización de la sociedad, proceso de urbanización, desarrollo de la ciencia, burocratización del Estado,...— que se manifestaron en el aumento de la oferta de trabajo y en la necesidad de mejorar los niveles culturales femeninos tanto en el seno de las familias burguesas como entre las de la creciente clase media. A final del siglo resultaba evidente que no se podía mantener a tantas mujeres en la ignorancia, ni tampoco privarlas de ese afán de respetabilidad y movilidad social que atravesaba el cuerpo social del país.

La trayectoria personal y cultural marcada por escritoras como Gertrudis Gómez de Avellaneda, Faustina Sáez de Melgar, Emilia Pardo Bazán o Concepción Gimeno; la acción social desarrollada por Concepción Arenal, y las referencias que ofrecían las primeras universitarias ejerciendo la medicina —María Dolores Aleu en Barcelona o Concepción Aleixandre, Manuela Solís y Trinidad Arroyo en Madrid— regentando una Farmacia —María Dolores Martínez en Alicante, Gerturdis Martínez en Cádiz o Manuela Barreiro en Lugo—, ofrecían un ambiente en el que las jóvenes tenían posibilidad de plantearse perspectivas más amplias. Realizacio-



**A**l final del siglo resultaba evidente que no se podía mantener a tantas mujeres en la ignorancia

nes y/o estrategias que permitieron visibilizar socialmente la multiplicidad que podía encerrar lo femenino y que ofrecieron argumentos para resituar la posición de las mujeres en la sociedad.

Una mejor educación y algo más que la exclusiva dedicación al hogar —que favorecía la permanencia de la superioridad masculina sobre ellas—, son los dos indicadores del cambio que entraron a formar parte, en aquel final de siglo, de la vida de ese creciente número de mujeres jóvenes que traspasando las redes no siempre visibles del statu quo vigente, estudiaron, rompieron prácticas sociales y no dejaron de sorprender y hasta, en parte, de conmocionar a una sociedad que las había asignado un futuro más delimitado.

## CIUDADANAS CON IDEAS

Hoy, que en el concepto de ciudadanía se incluye no sólo su carácter político, sino también el social y el civil, es más fácil encuadrar y valorar los pasos dados por estas mujeres españolas en las últimas décadas del siglo XIX, dentro de un movimiento muy vivo en diferentes países que buscaba incorporar a la población femenina, especialmente a través del ejercicio del voto, a esa ciudadanía en la que la tradición ilustrada liberal del viejo continente, no las había incluido.

Y aunque si bien las peticiones y los modos de incorporarse a la ciudadanía, en la España de entonces, no responden al movimiento de sufragismo del mundo anglosajón, es claro que demostraban con ellas una actitud reivindi-

cativa no ajena a la toma de conciencia de la serie de desigualdades entre los sexos que una parte de las mujeres de entresiglos rechazaban, y que estuvieron dispuestas a combatir con la palabra y con los hechos. Concepción Arenal, Emilia Pardo Bazán y otras, reivindicaron el derecho a la educación y al trabajo, y no los derechos políticos —precisamente esos que habitualmente se identifican con la ciudadanía—, a los que aspiraban mujeres de otros países, pero de esa forma estaban igualmente reclamando un lugar propio en la sociedad más allá de los deberes y de las funciones asignadas.

El estado de opinión creado por pequeños círculos de mujeres que actuaron en los límites de lo permitido por el poder establecido, no pudo sino terminar desencadenando



A la izquierda Gertrudis Gómez de Avellaneda y sobre estas líneas Emilia Pardo Bazán.

el reconocimiento de algunos derechos en los campos que se reclamaban: educación y trabajo. La percepción de las carencias y de la exclusión de que eran objeto iba resultando cada vez más difícil

Este sentimiento de distancia del poder que experimentaban algunas mujeres en aquel Estado liberal, y su esfuerzo por denunciar los obstáculos que impedían su equiparación con los hombres, fue

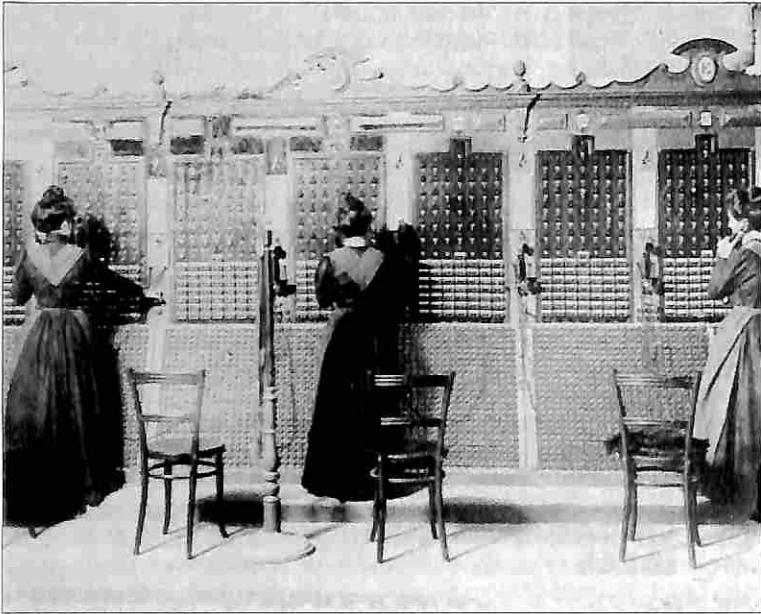
Faltaban aún tres décadas para la obtención de derechos políticos como el voto o la capacidad legal, pero el recorrido hecho en el paso de un siglo a otro sirvieron para preparar el clima real y mental que terminaría haciendo posible esos y otros reconocimientos.

La mayoría de las que empujaron esta parte de la historia permanecen aún en el anonimato a pesar de que, con sus decisiones y sus comportamientos individuales, contribuyeron de manera fundamental a las transformaciones que las mujeres, y las sociedades de las que viven, han experimentado a lo largo del siglo XX.

vas como "Mujeres en la Historia" de TVE o "Las mujeres de la herencia del 98" de Canal+, y otros medios de comunicación, están dando a conocer esa parte de nuestra historia que aún debe servir de referencia para las generaciones más jóvenes.

Junto a ellas, otras, la gran mayoría, se sentía copartícipe en el gobierno del país a través de la función que desempeñaban en el marco de la vida familiar; se consideraban ciudadanas con una misión regeneradora de la sociedad a través de su acción en la familia. Porque se seguía exaltando la tarea maternal y doméstica como el único verdadero camino de realización personal y de legitimación social en el caso de las mujeres, ofreciendo una versión romántica de un espacio que, sin embargo, en la práctica, no conocía límites de dedicación, y que tampoco les proporcionaba silencio y soledad para su propio beneficio.

Un modelo de esposa que respondiera al de esa gran mujer que todo gran hombre necesitaba tener detrás. Sí destinatarias de mensajes políticos que estaban llamadas a difundir dentro de la familia y que las hacía sentirse colaboradoras en la inestable trayectoria política del país, pero de los que ellas no podían ser protagonistas ni beneficiarias. Este itinerario les hacía más difícil ser ellas mismas —por el hecho de ser personas— las que pudieran ejercer tales derechos. La distribución de funcio-



Con la intención de reducir costes se introdujo a las mujeres en cierto tipo de trabajos. En la imagen como telefonistas.

de entender y de mantener, precisamente en una época en la que la cultura política liberal estaba permeabilizando sectores amplios de la población no sólo masculina sino también femenina.

Las mujeres en distintos ámbitos y por diferentes vías, habían tomado conciencia de los límites que no dejaba de tener para ellas el nuevo sistema liberal que se presentaba como garante de una mayor democracia. Y buscaban que los intelectuales permanecieran menos al margen de las cuestiones que afectaban a las mujeres, y que los políticos las incorporaran a sus programas de cambio.

## *Buscaban que los intelectuales permanecieran menos al margen de las cuestiones que afectaban a las mujeres, y que los políticos las incorporaran a sus programas de cambio*

provocando cada vez más respuestas femeninas en las que se podía advertir cómo ampliaban sus perspectivas personales, aunque las que las protagonizaban se movían todavía en círculos minoritarios e incluso aislados dentro de la sociedad española.

### QUIÉNES SON ELLAS

Sin embargo, y a la vez, no faltaban esfuerzos que están dando a conocer las identidades de estas protagonistas y sus itinerarios vitales. Libros y publicaciones periódicas, cursos y seminarios, series televisi-

nes vinculadas con el bien social se había vuelto a realizar en razón del sexo, no de la capacidad y/o de la voluntad individual: derechos políticos y civiles para los hombres que gestionaban el espacio público, sentimientos y mundo doméstico para las mujeres responsables del espacio privado. El discurso social marcaba los distintos usos de los espacios, distribuía lugares y asignaba protagonismos de acuerdo con el género.

Como ya había sucedido en otros momentos de la historia, no coincidían las fases de lo que se tenía como progreso para unos y para otras, alejando una vez más las condiciones para una igualdad de oportunidades.

### ESTUDIAR COMO PRETEXTO

Los Congresos Pedagógicos celebrados en Madrid en 1882 y en 1892 habían abordado el tema de la educación femenina y planteado como debate el alcance y la modalidad que ésta había de tener. Las Actas de las sesiones de los mismos nos permiten conocer la polémica que dicha cuestión suscitaba, y la falta de consenso sobre su conveniencia más allá de los estudios primarios. El considerado carácter masculino del saber justificaba muchas de las afirmaciones que se hicieron al respecto por los cientos de participantes llegados de todas las provincias.



Las trabajadoras de cuello blanco, dirigidas generalmente por un hombre, debían permanecer célibes si querían conservar su empleo.

En el Congreso de 1882, se abordó la necesidad de reconocer el derecho que las mujeres tenían a la educación en sus diferentes niveles, pero las conclusiones terminaron reduciendo el debate a la ampliación de los contenidos de la educación primaria de las niñas para equipararlos a los de los niños, y a reafirmar que la participación femenina en trabajos fuera del hogar debía seguir quedando limitada al ejercicio del magisterio en las escuelas de niñas. En el celebrado diez años después, en 1892, que conmemoraba el cuarto centenario del descubrimiento de América, y que contó con la presencia de hombres y de mujeres de Portugal y de distintos países hispanoamericanos, uno de los profesores españoles participantes, ante la cada vez mayor dificultad de negar y de impedir los pasos que se estaban dando por parte de muchas jóvenes, opinó que “sólo las mujeres varoniles, y aún las que por vocación o cálculo, se substraen de aquellos tan sagrados cuanto penosos deberes —los familiares—

pueden aspirar a una mayor cultura”. Suponer, afirmar y difundir ese riesgo volvía tal dedicación en incompatible con una verdadera identidad femenina; presentaba los estudios como pretexto para huir de las tareas a

*La mayoría  
de las que  
Lempujaron  
esta parte de la  
historia  
permanecen  
aún en el  
anonimato*

las que se las había destinado. Hacía de ellas, por tanto, una excepción; les daba un carácter excepcional que las alejaba como referencia para las que no quisieran renunciar a la que llamaban “verdadera identidad femenina”.

En fin, aunque las perspectivas de cambio no dejaron de estar presentes en el período intersecular,

se movían, como vemos, en medio de la duda, de la sorpresa, y de muchas resistencias para ponerlas en marcha; resistencias a que las mujeres logaran vías de integración en el espacio público.

Peró sí podemos afirmar que ya en la última década del siglo pasado, el descontento había permeabilizado sectores sociales más amplios, que se esforzaban por conseguir una mayor igualdad, aunque en la mayoría de los casos se ceñían en sus objetivos a aspectos socioculturales que, como ya hemos dicho, afectaban muy poco a las formas de vida; que no eran obstáculo para que las mujeres admitieran su permanecer en el ámbito privado, ya que la esfera de lo público debía seguir sin pertenecerles.

Sin embargo, esta conciencia de discriminación en función del sexo impregnaba tan lentamente el cuerpo social, que entre las mujeres más ilustradas y conscientes de la generación que iba a conocer un nuevo siglo, prevaleció la reserva de no sentirse respondidas. ■